

—¡Ah! ¿Sois vos, mi querido Tanucci?—dijo el marqués.

—El mismo, amigo Grimaldi, —respondióle el interpelado.

—Y ¿á qué debo la satisfacción de veros por esta casa?

—Os lo diré sin pérdida de tiempo; pero permitidme que tome asiento.

—¡No faltaba más! —dijo el de Grimaldi, poniéndose en pie y ofreciendo un sillón al caballero.

—Vengo fatigado, —dijo Tanucci.—Parece imposible que estemos á últimos de Octubre; hace verdadero calor.

—Y como, siguiendo vuestra tradicional costumbre, habéis dado vuestro cotidiano paseo por los jardines de la Villa Real, no es extraño que estéis cansado.

—No lo creáis. Hoy no he ido á la Villa Real.

—¿Habéis cambiado de rumbo?

—No.

—Cref que ya no le agradaban al príncipe esos jardines.

—Ahora, marqués, vengo directamente de mi casa.

—Pues el trayecto no es largo.

—Es verdad; pero cuando se recorre con alguna precipitación...

—¡Ah! ¿Luego deseabais verme con urgencia?

—No puedo negároslo.

—En ese caso, celebro doblemente haber estado

aquí. Hablad, pues, amigo Tanucci; decidme en lo que puedo servirlos.

Tanucci refirió al joven marqués cuanto había sucedido durante su paseo por mar cuando acompañaba al príncipe.

Al terminar preguntó:

—¿Conocéis á don Félix de Montalbi, que es el padre de la joven cuyos hechizos han cautivado al príncipe?

—No le conozco personalmente,—respondió Grimaldi, haciendo con la cabeza un movimiento negativo;—pero he oído hablar de él en más de una ocasión.

—Afirman que es noble.

—Lo ignoro; lo único que puedo deciros es que ese anciano es un hábil médico, del que se refieren las curas más extraordinarias.

—¿Tampoco conoceréis á su hija?

—Tampoco.

—Pues bien, amigo Grimaldi, ahora forzoso es que os diga cuáles son mis proyectos.

—No deseo otra cosa.

—Ante todo, ¿puedo contar con vos?

—¡Quién lo duda!

—Ya sabéis que se trata de realizar un caprichoso deseo del príncipe, y que no hemos, por lo tanto, de perder el tiempo.

—Como remuneración del servicio que me pidáis me basta vuestro aprecio.

—Pues ése le tenéis desde hace tiempo.

—Lo sé, amigo Tanucci, lo sé.

—Es preciso que Josefina...

—Desaparezca de la casa paterna, ¿no es verdad?—
interrogó el joven interrumpiendo á su amigo.

—No, nada de eso; esta vez ha ido vuestra imaginación bastante más lejos de lo que se desea.

—Pues ¿qué queréis entonces?

—Temo herir vuestra susceptibilidad si os digo una cosa.

—Hablad, Tanucci; ya sabéis que para los amigos tengo tanta tolerancia como severo soy para con aquellos á quienes no he dado este título.

—Grimaldi,—dijo Tanucci después de una breve pausa, —ya sabéis que las gentes proclaman, con más ó menos razón, que sois muy dado á las aventuras galantes.

—Con efecto, y no se engañan los que de esa manera murmuran.

—Los que, como vos, han visitado los salones más aristocráticos, descendiendo después á las mancebías y á los figones, tienen necesariamente que conocer un sinnúmero de personas de todas las esferas sociales.

—¡Ya lo creo, amigo mío! Y confieso, sin ruborizarme, que en mis aventuras he conocido muchas más personas de la segunda clasificación que habéis hecho.

—Nunca me hubiera atrevido á deciros eso.

—¿Por qué no? Eso acusa vuestra falta de confianza respecto á mi persona.

—No, Grimaldi.

—Hablemos con libertad: ¿qué es lo que os hace falta?

—Necesito un hombre que haga el amor á Josefina y que logre hacerse dueño de su corazón.

—Eso no es difícil.

—Sin embargo, tened presente que ama á otro.

—Esto presta más encantos á la aventura.

—Pero dificulta que lleguemos al fin que se ambiciona.

—¿Qué fin es ése?

—Es necesario que la hija de Montalbi acceda á casarse con la persona que nosotros elijamos.

El marqués hizo un movimiento que expresaba su sorpresa.

Luégo dijo:

—Habéis defraudado todas mis ilusiones.

—¿Por qué?

—Cuando me dijisteis que se trataba de hacerse dueño del corazón de Josefina, no encontré dificultades en hacer gestiones para conseguirlo; pero eso de casarse... ¡Ah Tanucci, esto es mucho más serio de lo que yo creía!

—Marqués, mi ánimo al venir á vuestra casa no era proponeros que fueseis el protagonista de la aventura en cuestión. Todo lo contrario; os conozco y os aprecio demasiado para proponeros que hagáis un papel ridículo.

—Creo que he entendido ya lo que se desea.

—Veamos.

—Buscar un hombre que tenga gran despreocupación, que se case con la hija del médico...

—Y que el mismo día en que se verifique la boda salga de Nápoles con una misión del príncipe para España.

—¡Bonito plan! De este modo el príncipe recibirá las primicias del amor de esa joven, sin que Montalbi sepa una palabra.

—Y, por lo tanto, sin que haya escándalo.

—Es muy cierto.

—¿No conocéis entre vuestros numerosos amigos algún joven de escasa fortuna, pero que tenga suficiente exterioridad para hacerse dueño del corazón de Josefina?

—Veremos.

—Os lo agradecería mucho.

—Decid, Tanucci: ¿y si la persona que os presentase para este objeto reclamase algún favor á cambio del servicio que va á prestar al príncipe?...

—No dudéis ni un instante que le sería concedido.

—¿Ciertamente?

—¿No os basta que lo afirme de un modo tan concreto? Me parece que no habréis notado en mi respuesta la más pequeña vacilación.

—Pues bien, Tanucci: no hay que hablar más del asunto; os prometo que muy en breve el príncipe habrá realizado su deseo.

—Gracias, amigo Grimaldi. No ignoraba que al dirigirme á vos no había de perder el tiempo.

El joven marqués sonrióse al oír aquellas palabras.

—¿Conque quedamos,—prosiguió Tanucci, — en que buscaréis una persona que reúna buenas condiciones para realizar nuestro fin?

—Sí, señor; un hombre que sea joven, que tenga buena figura; en una palabra, que pueda cautivar en las redes de sus amores á una niña como Josefina.

—Precisamente. Comprendo que la persona que acepte las proposiciones que vais á hacerle no será noble, pero esto no importa. Todo consiste en que le enseñéis lo más pronto posible algunas de vuestras aristocráticas maneras; esto es, darle cierto barniz de elegancia.

Grimaldi lanzó una sonora carcajada.

—¿De qué os reís?—le preguntó Tanucci algo sorprendido.

—¡Lo menos habéis pensado que voy á hacer que pretenda á la señorita de Montalbi uno de esos innumerables vendedores de pescado que recorren las calles de la ciudad pregonando sus mercancías con sus voces estridentes y descompasadas!

—No tanto; pero...

—El joven que procurará hacerse dueño del corazón de Josefina, y que no ha de tener inconveniente en unirse á ella, es todo un caballero, un señor conde de la bella Venecia.

—¡Bah! ¡Siempre habéis de salir con alguna chanza!

—Nada de eso.

—Pero ¿habláis con formalidad?

—¡Ya lo creo! ¿Conocéis al conde de Massi?

—No, —respondió Tanucci después de un momento de reflexión.

—Es un aventurero.

—Pero ¿tiene verdaderamente el título que acabáis de decir?

—Sí; lo cual no impide que por su mala cabeza olvide muchas veces que pertenece á la nobleza veneciana.

—Y ¿reune condiciones para el caso?

—¡Ya lo creo! Tiene una interesante figura; es elocuente, sobre todo cuando habla con una mujer hermosa; en una palabra, es el hombre que necesitamos.

—¿Cuándo le veréis?

—Hoy mismo.

—Y ¿sabe callar un secreto?

—Siempre; pero con mucho más motivo cuando la revelación del secreto le pondría en ridículo.

—Entonces, marqués, en vuestras manos dejo el asunto.

—Además hay que tener en cuenta que el conde, cuya vida conozco perfectamente, tiene algunos hechos que le conviene que permanezcan ignorados. Para mí no lo son.

—Y en último caso ..

—Todo se reduce á emplear los medios extremos. A él no le conviene enemistarse conmigo.

—Es cierto.

—Podéis, por lo tanto, asegurar al príncipe que muy en breve la hermosa Josefina contraerá matrimonio con el ilustre veneciano, y que éste se halla dispuesto á cumplir la misión que se le encomiende.

Tanucci alargó su mano á Grimaldi.

— Uno de estos días volveré á veros, — dijo.

—Muy bien. En la inteligencia que si antes de que volváis ocurre algo, no esperaré vuestra visita.

Tanucci salió de la casa del marqués sumamente satisfecho.

— Grimaldi, — dijo al bajar la escalera, — es un aventurero; esto es sabido por todos; pero tengo la seguridad de que ha de cumplirme su palabra.

El caballero italiano aventuróse por la calle en dirección á la suntuosa morada del príncipe.

Deseaba decirle el resultado de sus gestiones.





CAPITULO XXXV

En donde se ve que la nobleza de la cuna no hace noble el corazón.



PENAS quedóse solo el marqués de Grimaldi, dibujóse en sus labios una sonrisa.

—Después de todo, —se dijo,— no son tan inacceptables las proposiciones que acaba de hacerme el bueno de Tanucci. El complacerá al príncipe, y en cuanto á mí, tampoco perderé el tiempo. ¡Bueno es servir á personas de tan elevado rango, aunque no sea más sino porque el día de mañana pueden librarnos de cualquier compromiso!

El genovés reclinóse de nuevo en el diván que ocupaba cuando entró en el aposento el ayo del príncipe.

Luégo sus ojos fijáronse en la esfera de un reloj que había sobre una chimenea de negro mármol.

No había transcurrido media hora desde que salió Tanucci de la habitación, cuando abrióse de nuevo la mampara.

El que se presentó en el umbral era un joven que contaría, poco más ó menos, la misma edad que Grimaldi.

Aquel joven tenía los cabellos de un castaño oscuro.

Sus ojos eran negros, rasgados y de radiante expresión.

Iba elegantemente vestido.

Grimaldi no abandonó el asiento que ocupaba.

Era indudable que el desconocido le inspiraba una gran confianza.

Este alargó su aristocrática mano al marqués.

—Mucho celebro veros por aquí, mi querido Massi, —dijo el marqués.—Hace un momento que estaba ocupándome de vuestra persona.

—¿Con quién?—preguntó el conde.

—Ante todo, sentaos; tenemos que hablar mucho.

—Sabéis que siempre encuentro una verdadera satisfacción en ello.

Grimaldi hizo con la cabeza un movimiento en señal de gracias.

Luégo prosiguió:

—¿Habéis comido ya?

—No.

—Lo celebro infinito, pues de este modo tendré el gusto de que lo hagamos juntos. Aceptáis, querido, ¿no es verdad?

—¡Cómo no!

—Precisamente he recibido ayer una partida de vinos, entre los que figuran el Sorrento y el Chipre; estos es, vuestras bebidas favoritas.

—Es verdad.

—¿Queréis que pasemos al comedor?

—Estoy á vuestras órdenes.

Grimaldi se puso en pie, y seguido del conde de Massi, dirigióse á una de las habitaciones próximas.

En el centro de ésta había una mesa cubierta con un finísimo mantel blanco como la nieve.

Encima de la mesa, y con gran simetría colocados, veíanse búcaros con hermosas flores, platos de rica porcelana y botellas de cristal.

Grimaldi era hombre de buen gusto; le agradaba la estética en todas sus manifestaciones.

No era gastrónomo, pero tenía á gala que su mesa estuviera espléndidamente servida.

Hizo una seña á su amigo para que ocupase un asiento, y él colocóse á su lado.

—A ver, Filippo, —dijo después á uno de los criados, —destapa una botella de Sorrento; quiero que el conde me dé su opinión.

Filippo era un alegre napolitano de veinte años, cuyas mejillas estaban encarnadas como los pétalos de una amapola.

Obedeció á su amo, y un instante después el Sorrento llenaba las brillantes copas de cristal.

Massi tomó una, llevóla á sus labios y dijo:

—¡Excelente vino! Bien podéis asegurar que no lo bebo mejor el príncipe Carlos.

—Creo que habéis hecho que vuestra amada se asimile tanto á vuestros gustos, que también tiene una verdadera pasión por este vino.

—Con efecto, —respondió Massi, —Felisa delira por el Sorrento.

—Mañana mismo os enviaré una docena de botellas para que os las bebáis en su compañía.

—Favor que agradeceré mucho, y que ella no os agradecerá menos.

—Y ahora, mi querido Massi, vamos á tratar de un asunto que os interesa.

—Perfectamente.

—Filipo, —dijo Grimaldi, —cierra esa mampara, y no vengas hasta que te llame.

El criado salió de la estancia, cumpliendo la orden que acababa de recibir.

El conde, apenas se quedó solo con Grimaldi, fijó en él sus negras y expresivas pupilas.

—Amigo mío, —dijo el marqués, —se os presenta una bonita proporción de hacer un negocio y de que desaparezcan las contrariedades que desde hace algún tiempo sufrís.

—¿De veras, amigo Grimaldi?

—Sabéis que, aunque aficionado á gastar una bro-

ma, soy enemigo de despertar ilusiones para que se desvanezcan después.

—Es cierto; y ¿de qué se trata?

—Voy á decíroslo sin rodeos, pues existe entre nosotros suficiente confianza para que hablemos con claridad.

—Desde luégo; estáis enterado de todos mis secretos, sabéis lo comprometido que me hallo, y que sería capaz de hacer cualquier locura con tal de verme libre de la situación embarazosa en que me encuentro.

—Lo sé, Massi.

—Hablad, pues.

—El príncipe se ha enamorado.

—Lo cual no tiene nada de particular. Lo raro es que hasta la presente no haya sentido amor hacia alguna de las hermosas damas que concurren á su palacio. Y ¿quién ha sido la agraciada?

—La hija de un médico llamado don Félix Montalbi.

—Le he oído nombrar.

—Creo que es un portentoso de ciencia.

—¿La hija será hermosa?

—Según afirman, más que mujer parece un ángel.

—Y ¿qué es lo que de mí se exige?

—Sencillamente que os hagáis dueño del corazón de esa deidad de diez y siete años.

—No comprendo. ¿No acabáis de decirme que el príncipe se ha enamorado de ella?

—Eso he dicho.

—¿Luego se trata de perjudicar al augusto joven?

—Todo lo contrario.

—Empiezo á comprender. Se desea que esa joven abandone la casa paterna por seguirme, y de este modo que el padre me haga responsable del raptó.

—Algo os aproximáis á lo que se solicita, pero no habéis concluído de adivinar el plan.

—Explicádmelo, pues.

—Vos amáis á Felisa, una de las cantantes más seductoras que vieron los primeros rayos de la luz en la ciudad eterna.

—Con efecto.

—Sin embargo, creo que nunca hayáis pensado en santificar vuestros amores con el lazo matrimonial.

—Es verdad. Jamás se me ocurrió semejante locura.

—Al mismo tiempo os halláis seriamente comprometido. Agotada la fortuna que os legaron vuestros padres, os habéis visto en la precisión...

—Callad, Grimaldi,—interrumpió el conde.

Y al decir esto, dirigió una recelosa mirada hacia la puerta.

—No temáis,—prosiguió el marqués.—Filipo es incapaz de faltar á mis órdenes; nadie nos escucha.

—Sin embargo, las paredes oyen.

—Reíos de eso.

Y el marqués se sonrió al decir estas palabras.

—Vos, prosiguió Grimaldi,—lo único que en mi concepto debéis pensar es que os halláis seriamente comprometido, que dejándoos llevar por vuestra bue-

na imaginación, engañasteis á un hombre que blasonaba de no haber sido incauto jamás en asuntos de intereses. Ese hombre es un judío, un miserable usurero, y temo que, como el Silock de Shakspeare, os exija una libra de vuestra carne.

—Capaz sería de ello.

—Yo tampoco lo dudo. No os expongáis, pues, como el Antonio de *El Mercader de Venecia*, á que un usurero os dé un mal rato.

Expliquemos á nuestros lectores la situación en que se hallaba el conde de Massi.

Éste, lo mismo que Grimaldi, era un aventurero.

Había nacido en Venecia, en esa hermosa ciudad que bañan dulcemente las plácidas ondas del Adriático.

Sus padres eran nobles y honrados.

Á su muerte legaron á Massi el título de conde y una buena fortuna, que el joven no tardó mucho tiempo en derrochar.

¿Había Massi de acostumbrarse á la pobreza?

Esto era imposible de todo punto.

Lo lógico hubiese sido que emprendiese cualquiera manifestación del trabajo, pero el veneciano no lo creyó conveniente.

Algún tiempo vivió á expensas de sus amigos; pero agotado este recurso poco decoroso, encontróse lleno de deudas y sin el dinero que necesitaba para seguir la fastuosa vida que hasta entonces había llevado.

Abandonó Venecia, su país natal, como ya hemos dicho, y dirigióse á Nápoles.

En la hermosa ciudad del Vesubio hizo relaciones amistosas con el marqués de Grimaldi.

¿Dónde le vió por vez primera?

En una casa de juego.

Después en una mancebía.

Grimaldi y el conde se asemejaban mucho en sus aficiones y sus caracteres.

Ambos eran aventureros.

No relataremos la serie de locuras y desaciertos que cometieron, por no cansar á nuestros lectores con tales detalles.

Raptos, desafíos, en una palabra, cuanto puedan hacer dos jóvenes de veintitantos años cuyas cabezas no están bien organizadas.

Aquellas calaveradas fueron tomando proporciones gigantescas.

Massi, una noche en una contienda, mató á un alcalde.

Grimaldi fué testigo de aquella desagradable aventura.

—Amigo mío,—le dijo el conde,—sólo vos sois poseedor de este secreto, cuya revelación podría acarrearle las peores consecuencias.

Massi, poco después, hallándose completamente arruinado, declaró su amor á la bella Judic, hija de un hebreo que prestaba considerables sumas á la nobleza napolitana.

Esto, no solamente le había enriquecido, sino que le proporcionó las mejores influencias.

La hermosa Judic sintióse halagada con las proposiciones amorosas de Massi.

La belleza varonil del joven la cautivaba.

Además, la hebrea creyó que ceñiría á su frente la corona condal.

No ignoraba que Massi estaba arruinado, pero ella era suficientemente opulenta para no ambicionar el oro.

Como siempre apetece algo el corazón, Judic quería títulos, honores.

En cuanto á Massi, también llevaba una mira interesada al dirigirse á la hermosa hebrea.

Una noche se apoderó de una respetable cantidad de dinero y de algunas alhajas de gran valor.

El viejo israelita, que no necesitamos decir que era avaro, no pudo desconfiar más que de Massi.

Comprendió que el autor del robo era el conde, y le manifestó que si no se le devolvía la suma y los objetos robados, iba á dar parte á la justicia.

El conde hallábase en un grave compromiso.

No sabía á qué medios apelar para salir de él.

Juzguen nuestros lectores cuál sería su satisfacción al oír las proposiciones que acababa de hacerle el marqués de Grimaldi.

Veamos cómo prosiguieron su diálogo los dos amigos.

—Marqués, — dijo Massi, — estáis enterado de todo,

sabéis perfectamente la situación por que estoy atravesando, y que acepto cualquier consejo que me deis, siempre que éste me proporcione alguna tranquilidad.

—Pues lo que voy á proponeros, no sólo ha de dároslo completa, sino que puede tener una gran influencia sobre vuestro porvenir.

—Explicadme, pues, el enigma. Me decíais hace poco que el príncipe se ha prendado de los hechizos de una joven, y que es necesario que yo me haga dueño de su corazón.

—Y que cuando lo hayáis logrado, la pidáis en matrimonio á su padre.

—¿Eso más?

—Aun he de deciros muchas cosas que os causarán verdadera sorpresa.

—Continuad.

—El doctor Montalbi, —prosiguió el marqués, —no tendrá inconveniente en que su hija sea condesa, y mucho más han de halagarle vuestras pretensiones cuando sepa que vuestro protector y padrino de boda es Tanucci, el ilustre ayo del augusto príncipe Carlos.

—Pero ¡qué decís, marqués! ¡Me dejáis absorto!

—Pues no estoy diciéndoos más que la verdad. Tanucci os acompañará á la casa de don Félix el día que vayáis á solicitar la mano de su hija.

—Perfectamente. Y luégo, ¿qué hay que hacer?

—Pues desposaros con Josefina, que es el nombre de la deidad de que tratamos.

—¡Casarme!

—Sí. Parece que esta idea no os halaga mucho.

—Lo que hago es perderme en un laberinto de confusiones.

—Os casáis, y en vez de ir á compartir el tálamo nupcial con vuestra esposa, aceptaréis una misión que el príncipe os encomendará para España.

Massi quedóse reflexivo.

—¿Comprendéis ahora?—le preguntó el marqués.

—Perfectamente; pero la proposición que acabáis de hacerme...

—¿No os agrada?

—Confieso que no.

—Sin embargo, no me negaréis que puede ser la base de vuestra fortuna.

—Cierto; pero adquirida á ese precio...

—¿Luego desistís?

—No en absoluto, amigo Grimaldi; no desisto, pero dejadme al menos algún tiempo para que lo reflexione.

—Podéis tomaros hasta mañana. Me parece que en veinticuatro horas se puede meditar mucho.

—Sí, quién lo duda.

—Lo único que os recomiendo es que penséis con calma en el compromiso en que os halláis. El viejo israelita os va á dar mucho que sentir.

—Bien lo sé.

—Además, puede descubrirse el día de mañana la desagradable aventura que tuvisteis con la justicia en los alrededores de la Villa Real.

—¡Ah! Eso sería horrible.

—Y gozando del aprecio del príncipe y de la influencia de Tanucci, poco deben importaros éstas y otras muchas cosas que puedan ocurrirnos.

—¡Ya lo creo!

—Reflexionadlo bien, amigo Massi. La fortuna os abre las doradas puertas de su alcázar. Yo, que vos, vos, no desperdiciaría esta proporción, que de seguro no se os presentará dos veces en la vida.

—Veremos lo que hago.

—Mañana os espero á esta misma hora.

Massi se levantó.

Estaba visiblemente preocupado: la proposición era demasiado fuerte.

Aunque muy cínico, no era posible que diese á su amigo una respuesta categórica con la brevedad que el de Grimaldi le exigía.

—Hasta mañana, marqués,—dijo alargando su mano.

—Adiós, conde, y reflexionad bien antes de darme una negativa.

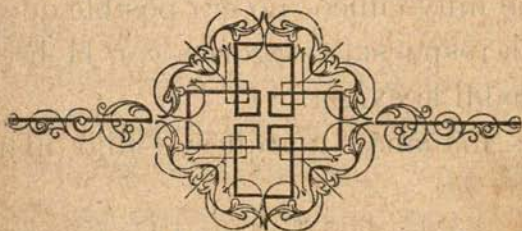
Massi salió de la casa.

—¡Es muy singular lo que acaban de proponerme! —se dijo mientras se aventuraba hacia su morada.— La verdad es que aceptando, mi posición cambiaba radicalmente; pero ¡cuán grande es el sacrificio que se me exige! ¡Casarme con una mujer á quien no conozco, que es joven y hermosa! ¡Darla mi apellido para que luégo sea la manceba de un príncipe! No, esto es demasiado.

El conde llegaba á su casa poco tiempo después.

Ésta hallábase situada en uno de los barrios más céntricos de Nápoles.

Massi penetró en una de las habitaciones, quitóse el sombrero, ocupó un sillón y quedóse sumido en las más profundas reflexiones.





CAPITULO XXXVI

Donde Massi se decide á cometer una infamia



ASSI permaneció algunos instantes pensativo; pero sus reflexiones fueron interrumpidas por el rumor que produjo una crujiente falda de seda al rozar con el pavimento.

El joven levantó los ojos.

La mujer que penetró en la estancia era hermosísima.

Tenía ese característico tipo, esa corrección de facciones de las hijas de Roma.

Sus negros cabellos caían en caprichosos y abundantes bucles sobre su espalda.

Sus ojos, guarnecidos de largas pestañas, eran arrebatadores.

Había en ellos esa expresión magnética que subyuga y cautiva á la vez.

Era blanca como la nieve, y sus mejillas podían competir con el tenue arrebol de las rosas.

Aquella hermosa mujer se llamaba Felisa; era cantante, aplaudida en muchos teatros, no sólo por su belleza, sino porque de su garganta brotaban notas más dulces que los trinos del ruiseñor.

Al ver á su amado, una sonrisa se dibujó en sus labios, que permitió admirar dos hileras de diminutos dientes blancos é iguales como las perlas.

—¡Cuánto has tardado! - dijo la joven.

Y rodeó con sus brazos el cuello del conde.

—Con efecto, he comido en casa de mi amigo el marqués de Grimaldi.

—¿Qué dice el marqués?

—Me ha ofrecido que mañana te enviará un regalo.

—¿Un regalo?

—Sí; unas botellas de un exquisito Sorrento.

—Perfectamente. Cuando vuelvas á verle dale las gracias en mi nombre.

—Y durante mi ausencia, ¿ha venido alguien?

—Sí, el hebreo.

—¡Maldito viejo! ¡Qué deseos tengo de poder arrojarle por la escalera!

—Me ha dicho que luégo volverá.

—No lo dudo. Ese hombre va á matarme á disgustos.

Massi quedóse nuevamente pensativo.

Luégo, fijando sus ojos en Felisa:

—Dime, amada mía,—la preguntó,—si en alguna ocasión, por conveniencia de ambos, me uniese á otra mujer, ¿qué harías?

—¡Qué extraña pregunta!

—Respóndeme.

—Pues al ver que otra había conseguido hacerse dueña de tu corazón hasta el punto de renunciar á tu libertad de soltero, sería capaz de quitarme la vida, ó de matarte.

—¿De veras?

—¿Lo dudas? —preguntó la joven con extremada coquetería.

—Pero ¿has olvidado lo que acabo de decirte, ó no entendiste bien mis palabras?

—¿Á qué te refieres?

—He empezado por decirte que en el supuesto de casarme con otra sería por nuestra conveniencia.

—Por ejemplo, ¿con alguna vieja acaudalada?

—O con una joven, siempre que nos proporcionase nuestro bienestar.

—No sé lo que pensaría, ni comprendo por qué me haces esa pregunta.

—Por un capricho. No hablemos, por lo tanto, más del asunto.

El diálogo de los amantes fué interrumpido por la presencia de uno de los criados del conde.

—¿Qué quieres? —le preguntó éste.

—Señor, el anciano hebreo que antes vino preguntando por vos, espera.

Massi hizo un movimiento que expresaba su disgusto.

—Dile que pase, —ordenó después de algunos instantes de reflexión.

El criado se alejó.

—Y en cuanto á ti, querida Felisa,—continuó el conde,—ten la bondad de retirarte á tu estancia; necesito hablar á solas con ese viejo marrullero.

Felisa, después de dirigir á su amante una expresiva mirada, repasó el umbral de la puerta.

Massi quedóse pensativo.

— ¡Qué dirá este hombre!—se preguntó.—Hoy le dije que le devolvería las alhajas y el dinero, y, sin embargo, no puedo dar cumplimiento á mi palabra.

El viejo israelita penetró en la estancia.

Era el verdadero tipo del usurero.

Su cabeza estaba completamente desprovista de cabellos.

No podía apreciarse la intensidad de sus verdosas pupilas, por nublarla los oscuros cristales de unos anteojos.

Había en el semblante del hebreo algo de innoble y de repulsivo.

—Señor conde,—dijo antes de repasar el umbral,—vengo á vuestra casa en la seguridad de que me cumpliréis la palabra que ayer me disteis.

—Sentaos, Jacob.

—No estoy cansado, y además tengo muchísima prisa. A las nueve me espera el barón de Lombardi para hacerle entrega de una cantidad.

—¿Pide mucho el barón?

—Bastante; pero espero sacarle de su compromiso con lo que me entreguéis.

Massi guardó silencio.

El viejo Jacob dirigióle una recelosa mirada á través de los cristales de sus anteojos.

Luégo prosiguió:

—Espero, por lo tanto, que me despachéis en seguida.

Aun permaneció Massi silencioso y perplejo algunos momentos.

Pero comprendiendo que era preciso dar una contestación, por poco satisfactoria que fuese:

—Amigo Jacob, —dijo, —lo siento mucho; pero, por desgracia, todas las gestiones que he hecho para reunir dinero han sido infructuosas.

El hebreo se puso lívido.

Luégo, alargando sus manos, trémulas por la ira, hacia el joven:

—¿De modo, —preguntó, —que tampoco vais á pagarme hoy?

—Me es imposible.

—En ese caso me veré obligado á tomar una resolución enérgica. Desde aquí me dirijo á la superintendencia de policía.

—¡Por Dios, Jacob!

—Estoy cansado de súplicas.

—Os prometo...

—Ya no puedo creer en promesas.

—Vais á perderme.

—¿Acaso no me habéis perdido antes á mí?

—Dejadme al menos dos ó tres días más.

—Y al final de ellos me diréis exactamente lo mismo que hoy.

—No lo creáis.

—Nada, todo es inútil; necesito hoy mismo mi dinero.

—Pues hoy es imposible, —dijo el conde cambiando su tono de súplica por el de la amenaza.

Y sus brillantes ojos negros fijáronse en los del israelita con provocativa insistencia.

El viejo se sintió indignado.

—¡Ah! —exclamó. —¿Conque es decir que, no satisfecho con haber labrado mi ruina, aun me provocáis?

—Y seré capaz de estrangularos.

En los labios de Jacob dibujóse una irónica sonrisa.

—Me alegraría que lo hicieseis, —dijo el hebreo con una calma inalterable; de este modo, no sólo iríais á presidio por estafador, sino que os ahorcarían por asesino.

—¿A mí?

—¡Ya lo creo! El viejo Jacob tiene más influencia de lo que suponéis.

—Ya lo sé, viejo de Satanás; pero de poco te val-

drían tus influencias estando en mi casa, como ahora te encuentras.

—Os equivocáis mucho; todo está previsto; y figurándome que seríais capaz de asesinar-me, he dejado escrita una carta, en la que os denuncio con anticipación. Esa carta obra en poder de una persona de mi confianza, y la dará curso si no regreso á mi vivienda antes de dos horas.

Massi no dudó de la veracidad de aquellas palabras.

—¡Ah viejo zorro! —exclamó. —¿De manera que no me has dejado ni la satisfacción de estrangularte?

—Os conozco, y sé de lo que sois capaz; así es que vivo muy prevenido.

—Bien, Jacob, hablemos con calma.

—No deseo otra cosa.

—En este momento me es imposible de todo punto entregaros la cantidad que os adeudo; pero os la restituiré muy en breve.

—Ya no puedo dar crédito á vuestras palabras.

—En prueba de que son sinceras, voy á haceros una proposición.

—¿Cuál?

—Daros un documento escrito por mi propia mano, en el que acredite con mi firma que os debo la cantidad que estipuléis.

El viejo meditó.

—Acepto, con una condición.

—¿Cuál?

—Necesito que en ese documento consignéis que habéis de devolverme ese dinero pasado mañana.

—Lo haré.

—Y además, es preciso que se aumente la cantidad de esa deuda, pues no es justo que esos miles de duros no me produzcan algún interés.

—¿Cuánto queréis que aumente?

—Me contento con que dupliquéis la suma.

Impulsos sintió el conde de Massi de lanzarse sobre el usurero; pero comprendió que no le convenía apelar á los medios extremos.

El israelita tenía en su mano el modo de perderle.

Massi se sentó junto á su mesa de escritorio, mojó la pluma en el tintero y la dejó correr sobre un pliego de papel.

Cuando hubo terminado de escribir, entregó el documento al hebreo.

Éste lo leyó detenidamente.

En aquella hoja de papel se obligaba Massi, según había convenido con Jacob, á satisfacer cuarenta mil liras en el plazo de tres días.

—¿Estáis conforme?—preguntó Massi.

—Desde luégo. Pasado mañana, ó sea el día del vencimiento, vendré á que me entreguéis mi dinero.

—Bien.

El viejo judío salió de la estancia.

El conde le siguió con los ojos.

—¡Miserable!—se dijo.

Massi agitó en seguida el cordón de la campanilla.

El doméstico que momentos antes había anunciado al viejo Jacob, presentóse en el dintel.

—Dame mi capa y mi sombrero,—le dijo su señor.

Un instante después, el conde se ponía estas prendas y aventurábase fuera de la casa en dirección á la del marqués de Grimaldi.

El joven no esperaba su visita.

—Amigo mío,—dijo Massi al penetrar en su aposento,—he anticipado mi resolución; me habíais concedido de término hasta mañana, pero vengo á daros una respuesta definitiva.

—Perfectamente.

—Me conviene lo que hoy me habéis propuesto. Estoy decidido á casarme con Josefina Montalbi.

—Lo celebro infinito.

—Pero tengo que poner una condición.

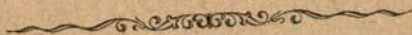
—Cuántas queráis.

—Acabo de firmar un documento en el que confieso deber al usurero Jacob cuarenta mil liras, que debo entregarle pasado mañana.

—Bien; no os preocupe eso; hoy mismo estaréis en condiciones de salir de vuestro compromiso.

—En cambio os prometo que para mañana conoceré á la hija del doctor Montalbi y que habré hecho las primeras tentativas para hacerme dueño de su corazón.

Los dos jóvenes cambiaron un apretón de manos en señal de alianza, y se separaron.





CAPITULO XXXVII

Donde se prepara una farsa indigna.



TIEMPO es ya de que digamos algo respecto á don Félix de Montalbi y á su hermosa hija.

Don Félix era un anciano respetable.

Viudo de una ilustre napolitana, había cultivado con acierto en la ciudad del Vesubio las ciencias médicas.

Sus únicos amores eran su hija y sus enfermos.

Don Félix no era opulento, pero tampoco pasaba privaciones.

Por el contrario, vivía en uno de los barrios más céntricos de Nápoles, y su casa era un verdadero museo de curiosidades científicas.

En cuanto á Josefina, era una de las jóvenes más

hermosas que se admiraban por las tardes, hora de su cotidiano paseo en los jardines de la Villa Real.

El doctor Montalbi tenía un ayudante.

Éste llamábase Roberto Estrañi.

Era hijo de un amigo de su maestro, que había militado y que murió en el campo de batalla.

Estrañi no tenía tampoco madre: la había perdido al venir al mundo.

La orfandad del joven fué el principal título que predispuso al doctor Montalbi á sentir hacia él un entrañable afecto.

Además, el joven prometía ser un gran médico.

Roberto se pasaba muchas horas al día en la casa de su maestro.

Inútil es decir, por lo tanto, que con frecuencia veía á Josefina.

Al principio Roberto sintió hacia la hija del doctor una viva simpatía.

Esta fué aumentando gradualmente, hasta que se convirtió en un acendrado amor.

En cuanto á Josefina, habíale sucedido lo propio.

¿Cómo empezaron aquellos amores?

Sería difícil precisarlo; pero lo cierto es que de una manera insensible sus almas se habían unido con la dulce cadena del amor.

Don Félix los veía hablar con mucha frecuencia.

Sin embargo, jamás había pasado por su mente la idea de que se amasen.

Siempre veía en Roberto al hijo de su amigo, al

niño que esperaba con deleite que él llegase á la casa de su padre para sacar de su bolsillo los juguetes y golosinas con que le obsequiaba.

En cuanto á Roberto, no se había franqueado jamás con el padre de Josefina respecto al amor que ésta le inspiraba.

Cierto que Josefina era casi una niña, y que en diversas ocasiones oyó decir al doctor que no entraba en sus planes que su hija se casase tan joven.

Estrañi esperó primero á terminar su carrera, luego á formarse un nombre y una clientela.

Estos últimos deseos no se habían realizado aún.

Resumamos en pocas palabras los caracteres de estos tres personajes de nuestra novela.

Don Félix de Montalbi era el prototipo de la honradez y la caballerosidad.

Tenía un corazón de oro.

Jamás llamó á su puerta un mendigo sin que le socorriese.

Josefina era una joven verdaderamente angelical.

Humilde como una violeta y gentil como una rosa.

En cuanto á Roberto, gozaba con sobrada razón de una excelente fama.

Era pundonoroso y caballero.

Estos tres individuos eran contra los que iba á conspirar el conde de Massi.

Mauricio, que éste era el nombre del conde, apenas salió de la casa de su amigo Grimaldi dirigióse á los alrededores de la vivienda del doctor.

La tarde estaba hermosísima.

El sol bañaba espléndidamente las casas de la ciudad.

Era una de esas tardes que se admiran en Italia, ese país privilegiado donde los rayos del sol tienen más intensidad.

Massi se instaló en el portal de una de las casas vecinas á la de Montalbi.

Las vidrieras de los balcones estaban abiertas.

Parecía imposible que corriesen por entonces los últimos días de Octubre.

Era una tarde verdaderamente primaveral.

Apenas se advertía la brisa.

El conde fijó sus ojos en los balcones.

Un instante después, en uno de ellos apareció la esbelta figura de Josefina.

Massi no dudó ni un momento que aquella hermosa joven era la hija del doctor.

—¡Linda muchacha!—se dijo.—Es una verdadera lástima unirme á ella para no ser su marido más que de una manera nominal. Pero, en fin, paciencia. Conseguiré al menos libertarme de las enojosas visitas del viejo hebreo, y obtendré seguramente una elevada posición.

Josefina fijó sus ojos en el cielo.

Luégo se retiró del balcón.

Algunos instantes después, la joven, acompañada de su padre, salía de la casa, tomando el camino de los jardines de la Villa Real.

Inútil es decir que Massi se aventuró tras ellos.

—¿Cómo no los acompañará el amado de mi futura?
—se preguntó Massi sonriendo.

Cuando llegaron á la Villa Real, el doctor y su hija dieron un corto paseo, sentándose después en un banco de piedra.

Era grande la concurrencia que había en los jardines.

Hermosas damas y distinguidos caballeros paseábanse á lo largo de las calles de árboles.

Massi dudó un momento sobre lo que debía hacer.

Luégo ocupó uno de los extremos del banco en que se hallaban Montalbi y su hermosa hija.

El libertino, antes de sentarse, hizo un saludo á Josefina y al doctor.

—¡Qué hermosa tarde!—decía don Félix.

—Con efecto, —respondió la joven; —la temperatura no puede ser más apacible.

El conde buscaba un pretexto para tomar parte en la conversación, pero no se le ocurría ninguno.

Una casualidad favoreció su deseo.

El fino lenzuelo de Josefina se escapó de sus manos de nieve, cayendo sobre el césped que les servía de alfombra.

Massi se apresuró á recogerlo, entregándoselo á la joven con galantería.

—Mil gracias, caballero,—dijo la hija del doctor.

—No hay por qué darlas, señorita.

Habiendo cambiado aquellas breves palabras, el libertino conceptuó natural emprender un diálogo.

—¿Sois de Nápoles?—preguntó.

—Sí, señor.

—Pues debéis estar orgullosa con haber nacido en este hermoso país.

—¡Ah! ¡ya lo creo! Pero vos también debéis ser italiano; vuestro acento lo indica.

—Con efecto; he nacido en Venecia.

—Hermosa ciudad, —dijo el doctor.

—¿La conocéis?

—Sí, señor; he estado en Venecia tres ó cuatro veces. Me encanta, porque no se parece á ninguna otra ciudad del mundo.

—Es cierto.

—¿Qué bellas son sus casas, sus góndolas, su gran canal!

—Mucho.

—¡Y cuán mansamente la arrullan los cadenciosos rumores del Adriático! Dentro de poco hará tres años que hice á esa ciudad mi última visita: era la temporada del Carnaval.

—¡Ah! ¡Qué bullicio, qué alegría por esa época del año! Generalmente, como habréis observado, Venecia es silenciosa. Contrasta su mutismo con la algazara continua de Nápoles.

—Es muy cierto.

— Sólo se oyen allí los rudos y salvajes gritos de los gondoleros.

— Ó sus amorosas barcarolas.

— Pero en tiempo de Carnaval,—continuó Massi,— en esa época del año, todo es bullicio y animación.

— ¿Hace mucho que faltáis de allí?

— No, señor; unos cinco meses.

— ¿Y pensáis regresar pronto?

— Lo ignoro: esto depende de las circunstancias. Posible es que retrase mi regreso el tener que hacer un viaje.

— ¿Por Italia?

— No, á España.

— ¡Ah!

— És una misión que probablemente me encomendará el príncipe don Carlos.

Montalbi fijó sus ojos en el conde.

— ¡Una misión del príncipe? ¿Luego le conocéis?

— Sí, señor; me distingue mucho, así como su ayo el ilustre Tanucci.

— Todos afirman que Tanucci es una excelente persona.

— Muchísimo; yo le trato con gran familiaridad.

El diálogo del conde y el doctor fué interrumpido por la presencia de un joven que se aproximó á saludar al segundo y á Josefina.

Era Roberto Estrañi.

Al ver que Montalbi hablaba con Massi, fijó en éste sus ojos.

Una leve palidez cubrió sus mejillas.

Massi no observó aquella ligera alteración.

Un momento después, Josefina expresaba á su padre el deseo de continuar el paseo.

—Vamos,—dijo el doctor.

Y dirigiéndose al conde:

—Caballero,—le dijo,—he tenido sumo gusto en conoceros: Félix Montalbi; podéis reconocerme como un servidor.

—Mil gracias. Soy el conde de Massi, y me ofrezco en igual concepto.

Montalbi, su hija y Roberto se aventuraron por una hermosa calle de naranjos.

En cuanto al conde, siguió opuesto camino. Había realizado su objeto; esto es, conocer á Josefina y conversar con el padre de la joven.

Roberto, apenas se separó del conde, aproximóse al doctor.

—¿Sabéis quién es ese hombre?—le preguntó.

—Acaba de decirme que es el conde de Massi, y que ha nacido en Venecia.

—Pues sabed que es un libertino, un aventurero, cuyo trato es perjudicial á las personas honradas.

—¡Parece imposible! Su porte es distinguido, finas sus maneras.

—Sí, lo cual no impide que sea un miserable.

—¿Luego ya le conocías?

— Hace poco. Una casualidad me hizo saber los pormenores que acabo de deciros.

— ¿Y qué sabes de él?

— Noches pasadas me hallaba en una botillería con un amigo mío, cuando vimos entrar á ese joven. Mi amigo me aseguró entonces que el de Massi era un calavera que había derrochado la pingüe herencia que le legaron sus padres al morir, y que para él no había nada sagrado. «¡Si vieses, — me dijo, — cuántos infelices padres han tenido que lamentar su confianza al recibirle en su casa!»

— ¡Parece imposible! — exclamó Montalbi. — En lo poco que con ese joven he hablado me pareció muy sensato.

— ¡Cómo engañan las apariencias!

— Con efecto: lástima que personas que revelan cierta cultura se extravíen de ese modo por sus malas cabezas.

Mientras Montalbi y Roberto sostenían esta conversación, el conde dirigíase á uno de los barrios más apartados de Nápoles.

En una calle sucia y tortuosa leíase sobre el cerco de una puerta un rótulo.

Decía así:

Hostería del Jazmín.

Y debajo estaba pintado un ramo de esas flores acreditando el nombre.

Massi empujó la puerta de vidrios, penetrando en la hostería.

En el interior había algunos hombres, la mayor parte de ellos marineros.

El dueño del establecimiento hallábase detrás del mostrador.

Todas las miradas se fijaron en el conde.

No era muy frecuente que un caballero tan distinguido penetrara en la *Hostería del Jazmín*, y mucho menos á aquellas horas en que las calles estaban cuajadas de gente.

Massi se sentó junto á una mesa, haciendo una seña al hostelero para que se aproximase.

Éste obedeció:

—¿Qué deseáis, caballero?—le preguntó.

—Tráeme una botella de Sorrento. Tengo que hablar contigo.

El hostelero se alejó un instante, volviendo al poco rato con lo que acababa de pedirle el conde.

Massi alargó su vaso para que le sirviese.

Luégo dijo:

—¿Hace mucho que eres dueño de esta hostería?

—Doce años.

—De modo que entre tus habituales parroquianos habrá algunos de cuyos caracteres tengas un perfecto conocimiento.

—¡Ya lo creo!

—Pues bien: necesito que me indiques á quién puedo recurrir para poner en práctica un proyecto.

—¡Ah señor, ignorando, como ignoro, cuál es vuestro propósito!...

—Mal puedes elegir persona que reúna las condiciones necesarias, ¿no es verdad?

—Es natural.

—Pues se trata de una broma. Hace, por lo tanto, falta que sea gente joven la que ha de ayudarme á realizarla.

—En ese caso, os servirá mi hijo. Es un mozo de veinte años, alegre como un carnaval y bravo como un corsario.

—Perfectamente. Dile que venga.

El hostelero hizo una reverencia, y luego se aproximó á uno de los grupos que formaban los concurrentes.

El hijo del dueño del establecimiento era un gallardo napolitano.

Su padre cambió con él algunas palabras.

Un instante después, el joven se aproximaba á la mesa ocupada por Massi.

—Vamos á ver, muchacho, —le dijo éste,—¿quieres ganarte unas cuantas monedas de oro?

—¿Qué pregunta, señor! —respondió el interpelado.

—Debo advertirte que lo que voy á proponerte no es nada que pueda originarte el más pequeño compromiso.

—Ya me figuro que un caballero tan distinguido como vos...

—Amo á una joven, y deseo casarme con ella;

pero hasta la presente me trata con la mayor indiferencia.

El napolitano hizo con la cabeza un movimiento afirmativo, indicando que atendía.

Massi continuó:

—El padre de esa joven me aprecia, pero no lo bastante para concederme la mano de su hija si la solici-tase.

—¿Y qué deseáis?

—Que una de estas noches, cuando mi amada salga de su casa, os acerquéis varios jóvenes, tratando de depositar un beso en sus rosadas mejillas.

—¡Qué capricho!

—No es tan extraño como supones.

—Ya me figuro que con algún objeto deseáis que hagamos esa farsa.

—Como es natural, el padre de la joven á quien amo, que la acompaña siempre, tratará de imponeros un castigo por vuestro atrevimiento.

—Es claro.

—Entonces vosotros sacáis vuestros puñales y os precipitáis sobre el anciano.

—Si en ese instante llegan los agentes de la super-intendencia...

—No temas, no habrá ninguno aquel día en el sitio donde el lance ocurra.

—En ese caso...

—No aparecerá en aquellos momentos más que mi persona. Yo me arrojaré con la espada desnuda sobre



vosotros, y la comedia que vamos á representar tocará á su fin con vuestra fuga. ¿Has comprendido?

—Perfectamente.

—De este modo el padre de la joven creerá que le he salvado de una muerte segura, y no dudará en concederme la mano de su hija.

—El plan está bien fraguado.

—Y la recompensa que tanto á tus amigos como á ti he de daros colmará vuestras aspiraciones.

—Acepto.

—Muy bien.

—¿Cuándo queréis que se lleve á cabo la farsa?

—Mañana.

—¿A qué hora?

—A las seis, que será, poco más ó menos, cuando el doctor regrese de su cotidiano paseo.

—¿Dónde nos vemos?

—Por la mañana, en mi casa. Dame una hoja de papel y una pluma, te dejaré escritas las señas de mi domicilio.

El joven se aproximó al mostrador, detrás del que se hallaba su padre, al que pidióle recado para escribir.

Cuando se lo llevó al conde, éste trazó una línea sobre una hoja de papel.

—No tenemos más que hablar, —le dijo el napolitano.

—Sólo te recomiendo que las personas que te acompañen reúnan condiciones para que se realice mi deseo.

—Descuidad.

—Hasta mañana, pues.

Massi salió de la hostería, dirigiéndose á la casa del marqués de Grimaldi.

Una vez en ella, tuvo que esperar un rato, pues el joven había salido.

Cuando Grimaldi regresó:

—¿Qué os trae por aquí?—preguntóle al conde.

—Deseo que digáis á Tanucci que es necesario que mañana á las seis de la tarde no se encuentre ningún agente de la superintendencia en las cercanías de la casa del doctor Montalbi.

—Nada más fácil de conseguir. ¿Qué es lo que os proponéis?

El conde comunicó á su amigo los proyectos que tenía.

—Perfectamente imaginado,—dijo el marqués.—No hay que negar que poseéis una gran inventiva.

—¿No os parece que el doctor me concederá su amistad, facilitándome de esta manera el desarrollo de mi plan?

—Me parece lo mismo.

—Y si esto no bastare, ya se encontrarán otros medios.

—No lo dudo; lo que acabáis de decirme me prueba que la fuente de vuestra imaginación es inagotable. Y ahora hablemos de otro asunto que os interesa.

—¿De qué?

—Tanucci me ha entregado esta mañana cincuenta mil liras, que hoy mismo os remitiré á vuestra casa

para que podáis satisfacer vuestra deuda al viejo israelita.

—¡Ah qué peso voy á quitarme de encima!

—Con el donativo que os hacen podéis pagar, y aun os queda una suma de consideración.

—Gracias, marqués.

—Uníos á Josefina, y cuando la boda se haya verificado, ya veréis cómo el príncipe os recompensa con largueza. Estáis llamado á representar un gran papel en la corte.

Massi se sonrió.

Luégo despidióse de su amigo, saliendo de la casa y dirigiéndose á la suya.





CAPITULO XXXVIII

Donde se representa á la perfección la farsa preparada.



El siguiente día de los sucesos que hemos referido, el conde de Massi tuvo dos visitas por la mañana.

Primero presentóse en su casa el viejo Jacob.

El conde ya había recibido la cantidad que le anunció Grimaldi la noche anterior.

El hebreo penetró en la habitación con cierta desconfianza.

Parecíale imposible que fueran á devolverle la suma que le habían arrebatado.

—¿Traéis el documento que os di el otro día?—preguntó Massi con cierto desdén.

—Sí, señor.

—En ese caso, contad el dinero y dadme ese papel.

Y el conde abrió un armarito de ébano con incrustaciones de marfil, sacando de aquel precioso mueble un talego repleto de oro.

Imposible es describir la cara que puso el viejo avaro.

Conseguir que Massi le devolviese aquella cantidad, era, en su concepto, más difícil que encontrar una prenda que se arrojase al fondo del Océano.

Contó las monedas, y luégo dijo:

—Señor conde, hé aquí el documento que me entregasteis; ya sabéis que si en alguna ocasión necesitáis de mí...

—¡Basta, miserable! —interrumpió el conde.—Antes que apelar á ti preferiría meterme una onza de plomo en la cabeza.

—Sin embargo, aunque ahora seáis rico, bien sabéis que en la vida del hombre ocurren peripecias, y...

—¡He dicho que basta! Salid inmediatamente de la habitación.

Iba el hebreo á cumplir su mandato, cuando Massi le llamó.

—Había olvidado una cosa muy esencial, —le dijo.

—¿Qué deseáis?

—Firmadme ahora á vuestra vez un documento acreditando que os he devuelto esa suma.

—¡Ah señor conde, no hay inconveniente!

Y el usurero sentóse junto á la mesa y dejó correr

la pluma sobre una hoja de papel que el conde acababa de entregarle.

Cuando concluyó de escribir, Massi leyó lo que el hebreo había trazado.

—Perfectamente. Ahora, idos, y que no se os ocurra volver nunca á poner los pies en esta casa.

Jacob salió del aposento.

Estaba contentísimo.

Poco le importaban las duras calificaciones del conde.

No sólo había cobrado lo suyo, sino que en el corto transcurso de tres días duplicó el capital.

—¡Ah! —decíase mientras bajaba la escalera. —¡Con muchos negocios como éste me hacía millonario!



Apenas salió el hebreo de la estancia, se presentó un criado.

—¿Qué ocurre? —preguntó Massi.

—Señor conde, un joven pregunta por vos.

—Que pase.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que la persona que deseaba ver á nuestro protagonista era el hijo del hostelero.

El mancebo penetró en la estancia algunos instantes después.

—Bien, muchacho, —le dijo el conde; —¿estás dispuesto á llevar á cabo la farsa que ayer te indiqué?

—Sí, señor; ya os lo dije, y nunca me vuelvo atrás.

—Así me gustan á mí los hombres. ¿Buscaste algunos amigos?

—Cuento con dos.

—Muy bien.

Massi dió al joven las señas del domicilio del doctor Montalbi.

—Existe una gran dificultad,—repuso el hijo del hostelero,—para la realización del proyecto.

—¿Cuál?

—Que ni mis amigos ni yo conocemos á la señorita.

—Todo está previsto. Esperaremos juntos en uno de los portales de las casas vecinas, y yo os la indicaré cuando pase.

—Perfectamente.

—A las seis aguardadme en la calle.

—No faltaremos.

Aquel día el conde apenas permaneció en su casa.

Estaba impaciente, deseando que tendiese el crepúsculo sus misteriosas alas.

Nunca le había parecido que resbalaban las horas con tanta lentitud como aquel día.

El conde dió un paseo por la Villa Real.

Allí esperaba ver al doctor y á su hija, como en realidad sucedió.

Pero antes de encontrarlos, el conde quedóse sumamente pensativo.

Acababa de cruzar una idea por su mente.

—No he tenido en cuenta que el amado de Josefina la acompañará esta tarde hasta su casa, y que la cosa cambia de aspecto. Ese joven tomará el asunto por lo serio, y es posible que no se evite la efusión de sangre. Esto sería lo que menos me importase; pero si ese impertinente toma una parte activa en la defensa de su amada y del doctor, se disminuye mi mérito y puede fracasar mi plan.

Esto preocupaba al conde, cuando vió pasar á Josefina y al anciano Montalbi.

Roberto no los acompañaba.

—Posible es que se reuna con ellos después,—pensó Massi.—De todas maneras, si así sucede, todo se reduce á aplazar la aventura para otro día.

Josefina y su padre estuvieron paseando por los jardines, y cuando empezó la tarde á declinar, emprendieron el camino que conducía á su casa.

Roberto no se incorporó á ellos.

Era indudable que aquella tarde no se hallaba en la Villa Real.

Como nuestros lectores ven, todo iba saliendo á medida de los deseos de Massi.

Era esa hora en que la luz lucha con las sombras.

Montalbi y su hija penetraron en la calle en que se hallaba su casa.

El conde se adelantó, procurando que no le viesen.

En un portal esperaban el hijo del hostelero y sus dos amigos.

El corazón de Massi latía en aquel instante con fuerza.

Esperó á que pasase Josefina, y luégo dijo en voz baja:

—¡Esa es!

Los tres jóvenes salieron del portal, apresurando el paso para llegar á Josefina.

Cuando lo realizaron:

—¡Mira,—dijo uno de ellos,— mira qué hermosa joven!

—Me lo parece tanto, que voy á darle una prueba de lo mucho que me gusta.

Y el hijo del hostelero, que fué el que dijo estas palabras, adelantóse hacia Josefina, aproximando sus labios á la mejilla de la joven.

Josefina lanzó un grito, separándose bruscamente de aquel hombre.

Montalbi levantó su bastón para castigar al insolente, que con una agilidad extraordinaria evitó el golpe.

—¡Ah viejo de Satanás,—dijo uno de los jóvenes,— ahora vas á pagármelas!

Y sin encomendarse á Dios ni al diablo, como vulgarmente se dice, el hijo del hostelero desenvainó un enorme cuchillo, adelantándose hacia el doctor en actitud de acometerle.

Éste se puso delante de su hija.

Prefería morir á que Josefina sufriese la más pequeña lesión.

Al mismo tiempo levantó de nuevo su bastón para asestar un golpe al insolente.

Uno de los que acompañaban al hijo del hostelero se aproximó á Montalbi por la espalda y le sujetó los brazos, incapacitándole la acción.

Para verificarlo tuvo que rechazar bruscamente á Josefina, la cual lanzó un nuevo grito, cayendo desplomada.

El anciano doctor creyó que había llegado su última hora.

El hijo del hostelero y los dos jóvenes que le acompañaban amenazábanle con sus puñales.

En aquel momento un hombre se interpuso entre ellos y el anciano Montalbi.

Este llevaba una espada desnuda.

—¡Atrás, villanos! - dijo blandiendo su acero.

Ya habrán comprendido nuestros lectores que el defensor del padre de Josefina era el conde de Massi.

Este fué ganando terreno, hasta que los tres jóvenes con quienes luchaba apelaron á la fuga.

Massi corrió tras ellos.

La farsa no había podido hacerse mejor.

Varios transeuntes se acercaron al doctor, fijando sus compasivos ojos en Josefina.

—¡Pobre joven!—decían unos.

—¿Está herida? - preguntaban otros.

Y todos hacían sus comentarios.

—Señores,—dijo el doctor,—os ruego que me ayudéis á llevar á mi hija á mi casa; es ese portal próximo.

Iban dos caballeros á complacerle, cuando el conde de Massi se presentó.

—Amigo mío, —le dijo Montalbi alargándole la mano, — me habéis hecho un verdadero favor, exponiendo vuestra existencia por salvar la mía, y nunca lo olvidaré.

—No he hecho más que cumplir con un deber, doctor Montalbi, castigando á esos miserables insolentes.

—¡Ah! Nunca podré olvidar lo que habéis hecho en esta ocasión.

—Doctor, no hablemos más del asunto, y ayudadme á conducir á vuestra hija.

Y esto dicho, el conde pasó sus manos por debajo de los brazos de Josefina y levantóla del suelo.

Pocos instantes después, el doctor, el conde y Josefina penetraban en la casa del primero.

Montalbi colocó á su hija sobre un diván.

Después la tomó el pulso.

—No es más que un síncope, —dijo.

Y acercándose á una mesa, tomó un pequeño pomo que contenía sales, é hizo que su hija aspirase.

La joven abrió los ojos.

Después de dirigir una vaga mirada á su alrededor, descubrió á su padre, y una sonrisa dibujóse en sus purpurinos labios.

—¡Ah padre mío! —exclamó.

Y al decir esto tendióle los brazos al cuello.

—Tranquilízate, hija mía; gracias á este caballero,

nada ha pasado; pero el lance podía haber traído muy malas consecuencias.

Josefina dirigió á Massi una mirada de agradecimiento.

Al reconocer en él al joven que había visto en los jardines de la Villa Real:

—¡Ah caballero!—le dijo sonriéndose.—Nunca olvidaré que habéis sido el salvador de mi padre.

Y alargó su blanca y diminuta mano al conde, que éste estrechó con efusión entre las suyas.

—Ahora, señorita, lo necesario es que os tranquilicéis.

—Ya me encuentro bien. No ha sido más que un vahido sin importancia.

—Sin embargo, os conviene descansar un rato.

Y dirigiéndose á Montalbi:

—Con vuestro permiso,—dijo,—voy á ausentarme.

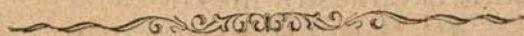
—¿Tan pronto?

—Ya tendré el gusto de venir á saludaros y á informarme de la salud de esta señorita.

Y Massi, después de inclinarse con respeto delante de Josefina y de estrechar la mano de su anciano padre, salió del aposento.

El médico le acompañó hasta la puerta.

Massi había conseguido su objeto; esto es, hacerse verdaderamente simpático á los ojos de don Félix.





CAPITULO XXXIX

Donde prosiguen las intrigas de Massi.



TRANSCURRIERON tres días.

El conde de Massi no dejó pasar ninguno de ellos sin hacer una visita á don Félix Montalbi.

Éste tratóle con la mayor deferencia.

Massi tuvo la satisfacción de no encontrar á Roberto Estrañi durante su estancia en la casa.

En cambio vió á Josefina, de la que no apartaba los ojos.

— Mañana cumple mi hija diez y siete años, — hábale dicho el doctor. — Espero, conde, que honraréis nuestra mesa.

— Con mucho gusto, amigo mío.

—Os espero á las seis.

—No faltaré á esa hora.

Massi salió de la casa del médico sumamente satisfecho.

Sus deseos iban realizándose más favorablemente de lo que esperaba.

En la misma tarde en que el conde recibió la invitación del padre de Josefina, al salir de la casa vió á la joven en el balcón.

La hizo un saludo quitándose el sombrero, é iba á alejarse, cuando cambió súbitamente de parecer.

—Ha llegado el instante de revelar á Josefina mi pensamiento,—se dijo.

Y se puso al pie del balcón.

—Señorita,—la dijo,—acabo de estar hablando con vuestro padre; me ha invitado á que mañana coma en vuestra compañía.

—Lo celebro mucho, conde.

—Yo también, pues tendré la gran satisfacción de pasar algunas horas á vuestro lado.

—Mil gracias.

—Tenía el propósito de hablar mañana detenidamente con vos; pero supuesto que la casualidad me ha deparado la ventura de veros ahora, aprovecho gustoso la ocasión.

—¿Qué deseáis?

—Josefina,—prosiguió el conde,—hace muy pocos días que tuve el honor de conoceros. ¿Os acordáis de aquella hermosa tarde? Nunca me han parecido tan

agradables los jardines de la Villa Real, y era porque los embellecáis con vuestra presencia.

—¡Ah! ¡Sois muy galante!

—No hago más que decir lo que siento. Cuando aquella tarde volví á mi casa, hallábame presa de la mayor preocupación; no podía apartar de mi mente vuestra encantadora imagen.

—¡Parece imposible que os fijaseis en mí!

—¿Imposible?

—¡Había aquella tarde jóvenes tan hermosas!

—No os lo niego; pero ninguna podía competir con vos en belleza.

—¡Qué exageración!

—Poco después, Josefina, — prosiguió Massi, — quiso mi buena estrella que os encontrase de nuevo.

—Y que salvarais á mi padre de una muerte segura.

—Vuestro desmayo me interesó. ¡Ah! ¡Qué hermosa estabais, Josefina! Nunca olvidaré la mirada que me dirigisteis al recuperar el sentido.

—Os estaba agradecida, como es natural.

—Desde entonces no ceso de pensar en vos; durante el día sois mi constante preocupación; por las noches me finjo dulcísimos ensueños, en los que os veo siempre cerca de mí.

Josefina permaneció silenciosa.

Sus mejillas cubriéronse de un tenue carmín.

No esperaba aquella declaración.

—Ahora bien, — continuó el joven: — ya comprende-

réis que no soy de esos hombres que hacen perder el tiempo á una señorita. Mi propósito es que, si correspondéis al amor que me inspiráis, nos unamos muy en breve.

—Caballero...,—dijo Josefina con timidez.

—Soy suficientemente rico, he cumplido veinticinco años, tengo una posición independiente, y sólo me falta para colmar mis aspiraciones que correspondáis á mi amor.

—Caballero,—contestó la joven después de un instante de pausa,—yo os aprecio mucho; tengo que agradeceros que salvasteis la vida á mi padre, pero...

—Acabad.

—Os considero como á un buen amigo, pero nada más; mi corazón pertenece á otro.

Á Massi no le sorprendió la respuesta de Josefina.

Sin embargo, no le convenía demostrarlo.

—¿De modo,—preguntó,—que no me concedéis ni la más pequeña esperanza?

—Conde, ha llegado el momento de hablaros con franqueza.

—No deseo otra cosa.

—Sabed que mi corazón es de otro, que no me pertenece.

Massi afectó sentir una gran tristeza.

—¡Ah Josefina,—se dijo,—habéis matado de un solo golpe mis más queridas ilusiones!

—Yo lo siento, pero...

—Es lógico que no encontréis una solución si vues-

tra alma se halla verdaderamente enamorada. Yo ignoraba por completo que estuviésetis comprometida. Vuestro padre no me había dicho nada.

—Mi padre lo ignora.

—Ahora me explico su reserva, que, después de todo, nada tenía de particular, pues hace muy poco que nos conocemos. Y ¿quién es el afortunado que ha sabido hacerse dueño de vuestro corazón?

—¿Recordáis á un joven que se aproximó á nosotros la tarde que nos conocimos en la Villa Real?

—Perfectamente.

—Pues ése es mi amado.

—Muy bien. No puedo negar que habéis hecho una buena elección. Ese joven parece una persona distinguida. Y ¿cuándo os casáis?

—Lo ignoro.

—¿Ha terminado alguna carrera, ó posee medios de fortuna?

—Es médico.

—¡Ah! ¿Como vuestro padre?

—Mi padre ha sido su principal maestro.

—¿De modo que le apreciará mucho?

—Sí, señor.

—Bien, Josefina; yo, por mi parte, os prometo firmemente no volver á interponerme en vuestro camino.

—Caballero, ya sabéis que tendré mucho gusto en veros en esta casa.

—Yo también lo tendría; pero no conduce venir á

vuestra casa sino á aumentar la llama devoradora de mi pasión.

Josefina guardó silencio.

El conde permaneció algunos instantes más al pie del balcón en que se hallaba la hija del médico.

Luégo despidióse de la joven, emprendiendo el camino que conducía á la morada del marqués de Grimaldi.

Éste recibió á su amigo con la amabilidad de costumbre.

—¿Qué hay, conde?—le preguntó.—¿Me traéis alguna noticia satisfactoria?

—Todo lo contrario.

—Pues ¿qué ocurre?

—Una dificultad que necesariamente hay que evitar.

—Hablad, conde.

—Josefina tiene un amado.

—Perfectamente; eso es lógico; ¿qué mujer no lo tiene á los diez y siete años?

—Y lo peor de todo es que se halla muy enamorada.

—¿Quién es el afortunado?

—Un joven médico.

—¿Consiente el padre de Josefina en esos amores?

—Los ignora.

—Entonces poco importa que el corazón de Josefina esté interesado. Poseéis una buena imaginación, y no han de faltaros medios para vencer la pequeña dificultad que se presenta.

—Sin que me juzguéis alabancioso, os diré que ya he encontrado una solución.

—¡Lo veis, conde!

—Pero para realizar mi objeto necesito de uno de vuestros amigos.

—¿De cuál? Ya sabéis que estoy dispuesto á hacer cuanto esté en mi mano.

—Es preciso que Tanucci haga una visita al doctor Montalbi.

—¿Al doctor?

—Sí.

—Explicadme vuestro objeto.

—Tanucci, después de dar á don Félix mil excusas para presentarse en su casa sin conocerle, le dirá que siente hacia mí el mayor afecto.

—Muy bien.

—Luégo ha de decirle que de poco tiempo á esta parte ha advertido que me hallo presa de la más profunda melancolía, y que interrogándome sobre los motivos que pudieran originarla, le confesé que era víctima de una pasión sin esperanzas.

—No me digáis más; creo haber interpretado fielmente vuestro deseo. Queréis que mi amigo Tanucci sea el intermediario de vuestros amores.

—Es cierto; y que solicite en mi nombre la mano de Josefina.

—Pues de seguro que Tanucci acogerá el proyecto, no dudando en poner cuanto esté en su mano para que se realicen vuestros deseos.

—Explicadle bien lo que me propongo, pues de lo que él haga depende que Josefina sea mi esposa.

—Descuidad, conde.

Massi salía pocos momentos después de la casa de Grimaldi.

Cuando llegó á la suya, sentóse junto á una mesa, sobre la que había recado de escribir.

El conde tomó la pluma.

Antes de ponerla sobre el papel estuvo meditando algunos momentos.

Luégo trazó las siguientes líneas:

«Señor don Félix Montalbi. Mi distinguido amigo:

»Mucho siento no poder asistir mañana á su casa.

»Ya comprenderéis que me priva de este gusto una causa poderosa; me hallo ligeramente indispuerto.

»Con este motivo me ofrezco de nuevo su atento amigo,—**MASSI.**»

Terminada la carta, el conde la guardó en un sobre.

Luégo agitó el cordón de la campanilla.

—Lleva esta carta á su destino, —dijo al criado que se presentó.

Y después de consignar las señas de la casa del doctor en el sobre, entregósele al criado.

Éste alejóse de la estancia.

—No me conviene, —se dijo Massi,—ir por ahora á casa de Josefina; debo hacer el papel de víctima, para que crea que estoy dispuesto á cumplirla mi palabra de no hacer nuevas tentativas para conseguir su amor.

El conde sentóse en un diván de terciopelo carmesí que había junto al balcón.

—¿Qué resultará de todo esto?—se preguntó.—No me disgustaría que las gestiones que haga Tanucci fueran infructuosas. De este modo había conseguido verme libre del compromiso en que me hallaba con el viejo Jacob, y quedábame libre, disfrutando de las excelencias del celibato. Desgraciadamente no será así, y el ayo del príncipe manejará el asunto mejor de lo que yo desearía. ¡Paciencia!

El monólogo que el conde sostenía fué interrumpido por la presencia de Felisa.

Dejémoslos por ahora, y volvamos á la casa de don Félix Montalbi.





CAPITULO XL

Donde un hombre honrado cae en la red que le tienden
tres bribones.



ON Félix de Montalbi recibió la carta del conde.

—¡Pobre joven!— se dijo.—¡Mal debe sentirse cuando se excusa de venir mañana! ¡Cómo ha de ser! Hubiera tenido una verdadera satisfacción en que nos acompañase á la mesa.

Al siguiente día, ó sea el de los cumpleaños de Josefina, el doctor envió un recado á la morada de Massi, á fin de enterarse de cómo seguía su joven amigo.

El doméstico encargado de esta misión volvió á la

casa del doctor, manifestándole que el conde había pasado la noche con bastante inquietud.

—Mañana mismo le haré una visita,—pensó don Félix.

Daba seis campanadas el reloj que había sobre la chimenea, cuando abrióse la puerta, dando paso á Roberto Estrañi.

El joven había sido invitado á comer.

Don Félix le saludó con su acostumbrada amabilidad.

—Has llegado á la hora crítica,—dijo éste.—Vamos al comedor; Josefina ya debe estar esperándonos.

—Cuando queráis.

—Estaremos solos en la mesa, pues el otro convidado no puede venir; se halla enfermo.

Ya comprenderán nuestros lectores que esta noticia agradó sobre manera á Roberto.

Don Félix y el joven pasaron á una de las habitaciones próximas.

En el centro de ésta había una mesa espléndidamente servida.

Josefina aguardaba sentada junto á la chimenea.

Durante la comida, el doctor y los dos jóvenes sostuvieron una animada conversaci6n.

Cuando terminaron de comer, un criado sirvió el café.

—Este es el néctar más delicioso para mí,—dijo don Félix.

Y disponíase á saborear el contenido de una taza

de porcelana, cuando presentóse en el aposento otro sirviente.

—Señor, —dijo, dirigiéndose al doctor Montalbi, — un caballero pregunta por vos.

—¿No te ha dicho su nombre?

—No, señor.

—Que pase á mi despacho, y dile que tenga la bondad de aguardarse un momento.

El criado se alejó.

—¿Qué fastidio! —dijo Josefina. —¿Por qué no te has excusado?

—Por desgracia, los que cultivamos las ciencias médicas no nos pertenecemos á ninguna hora. Supón, hija mía, que ese señor venga á buscarme para que visite á un enfermo.

—Es verdad.

Montalbi apuró el contenido de su taza y se puso en pie.

—Soy con vosotros, —dijo. —Procuraré que ese señor no me entretenga mucho.

Y dirigióse á su habitación.

Al entrar en ella hallóse en presencia de un distinguido caballero.

Era Tanucci.

—Dispensad, señor Montalbi, —dijo el ayo del príncipe, —si me he tomado la libertad de venir á vuestra casa.

—Señor mío, —respondió el anciano, —sois muy dueño de hacerlo; cuando aquí venís, es señal inequí-

voca de que me necesitáis, y deseo saber en qué puedo servirlos.

—Y al decir esto, don Félix designó un asiento al caballero.

—Ante todo, debo deciros mi nombre. Soy Juan Tanucci.

—¿Don Juan Tanucci, la persona de más confianza del príncipe Carlos?

—Precisamente.

—Hace pocos días me estuvo hablando de vos un joven que os respeta mucho.

—¿El conde de Massi?

—El mismo.

—Massi me aprecia mucho; verdad es que no hace más que pagarme el gran cariño que le profeso.

—¿Os ha referido la desagradable aventura que tuve la otra noche? Gracias á su valor puedo contarlo.

—Nada me ha dicho.

—Me salvó la vida.

—No lo dudo. Está dotado de un valor sólo comparable á su caballería. Precisamente mi venida á esta casa es para hablaros de él.

—¿Acaso sigue peor?

—¿Luego sabíais que se halla enfermo?

—He recibido una carta suya, en la que me daba esa desagradable noticia, y pienso ir mañana á verle.

—Mucha es vuestra ciencia doctor, —dijo Tanucci con gravedad,—pero no creo que con ella podáis conseguir su curación.

—¡Cómo! ¡Qué decís! ¿Tan grave se halla vuestro amigo?

—Mucho.

—¡Parece imposible! Ayer estuve hablando con él, y no advertí nada.

—Sin embargo, ya estaba bajo los efectos de la dolencia que le aflige.

—¡Caso más raro! ¿De qué padece?

—De una enfermedad que no acelera ni disminuye las palpitaciones del pulso.

—¿Alguna dolencia del alma?

—Precisamente.

—¡Pobre joven!

—Massi tiene desde hace poco una constante tristeza, que ha de conducirle á una pasión de ánimo ó á la locura.

—Me dejáis absorto.

—Para concluir, don Félix, el conde está enamorado.

Una sonrisa dibujóse en los labios del doctor al oír estas palabras.

—¡Bah!—dijo.—Me alarmasteis. Razón tenéis al asegurar que no basta la ciencia del médico para que se alivie nuestro amigo; hay que encomendárselo á un sacerdote; éste bendecirá su enlace, y es el antídoto más eficaz para que se cure.

—Pero es que la boda no puede realizarse.

—¡Cómo! ¿Acaso ha puesto el conde sus ojos en alguna mujer casada?

—No. Massi se quitaría la vida antes que hacer semejante cosa.

—¿Entonces?

—La dama que le cautiva es soltera, pero no es dueña de su corazón.

—¡Ah! ¿Luego ama á otro?

—Sí.

—Tal vez esa dama haya contraído serios compromisos, dando su palabra de casamiento á otro que la ama tanto como el conde.

—No puede haber dado su palabra, pues el padre de esa señorita ignora que sostiene amores con el afortunado rival de nuestro amigo.

—Entonces que no se preocupe Massi.

—Se preocupa hasta el punto de hallarse enfermo.

—¡Qué disparate! Deseando estoy verle para darle un consejo. El tiene buena figura, juventud, posición. ¿Creéis que con estas tres condiciones no puede un hombre desbancar á un rival dichoso?

—Qué sé yo.

—A menos que el rival las reuna también.

—Me consta que no es rico.

—Entonces el padre de la joven ha de preferir que ésta se case con el conde.

—¿Lo creéis así?

—Estoy convencido. Los padres todos tenemos un noble egoísmo: creemos que nuestras hijas son las más bellas, las más virtuosas, y, por lo tanto, que son acreedoras á casarse con potentados.

—Es muy cierto.

—Celebro mucho que coincidan nuestras opiniones, señor Tanucci.

—Pues bien, doctor: ha llegado el instante de explicaros el objeto de mi visita, de hablar con entera franqueza.

—Os escucho. He nacido en esta hermosa ciudad; esto es, soy meridional, y franco hasta donde lo permiten los límites de la educación.

—Señor Montalbi, el conde está enamorado de vuestra hija.

El doctor no pudo reprimir una exclamación de sorpresa

—¿De mi hija?—dijo.

—Sí, señor. ¿Acaso no tiene suficientes encantos para haber podido despertar una pasión en el alma del conde?

—Desde luégo; pero...

—¿Vais á decirme que hace muy poco que la conoce?

—No es eso. Mal puede sorprenderme eso, cuando yo me enamoré de la madre de Josefina en el momento que la vi.

—¿Entonces?...

—Lo que me extraña es no haber advertido nada absolutamente.

—Sin embargo, esa pasión existe.

—No lo dudo. Creo incapaz al conde de decir una cosa que no sea cierta. Pero ¿no asegurabais hace

poco que la joven de quien se ha prendado nuestro amigo se halla comprometida?

—Eso dije.

—Pues en ese caso siento deciros que os han engañado, señor Tanucci.

—¿Tenéis la certeza?

—¡Ya lo creo! —respondió el anciano sonriéndose.

—Mi Josefina es libre como esas mariposas que revolotean de flor en flor durante la primavera; casi es una niña; hoy precisamente cumple diez y siete años.

—Me han asegurado que su corazón no le pertenece.

—¿Quién ha podido deciros semejante absurdo?

—Quien lo asegura debe estar bien enterado.

—¿Creéis que pueda estarlo más que yo? Josefina no tiene secretos para su padre. ¿Quién os ha dicho que está enamorada?

—El conde.

—¿El conde? Ahora me lo explico todo. El conde ama á mi hija, según acabáis de decirme, y es natural que se finja visiones. ¿A quién imagina que ama Josefina?

—Á un joven que visita vuestra casa con mucha frecuencia.

—¿Á Roberto? ¡Qué locura! No os negaré que mi hija y ese joven se profesen un cariño verdaderamente fraternal. Se conocen desde la más tierna infancia; yo he formado el corazón de Roberto, le he hecho un hombre, le considero como si fuese hijo mío. Por lo demás, podéis estar tranquilo.

—Yo celebro mucho que mi amigo se haya equivocado.

—Tened la seguridad de ello.

—Pues bien, doctor: en ese caso es preciso que hablemos detenidamente. El conde ama á vuestra hija; ya sabéis las buenas prendas que adornan á este joven; yo, en nombre suyo, solicito para él la mano de Josefina.

Montalbi guardó silencio algunos instantes.

Halagábale la proposición que Tanucci le hacía, creyendo que al dar su consentimiento para que se realizase la boda labraba la felicidad de su hija.

Él ignoraba, como ya hemos dicho, que Josefina tuviese amores con Roberto.

Después de una corta pausa:

—Pues bien, señor Tanucci, —le dijo:—no tengo inconveniente en que mi hija sea la esposa de Massi: me agradan sus buenas prendas, ha sido mi salvador, y creo que labrará la ventura de mi Josefina.

—Desde luégo.

—Si la dolencia del conde no es motivada más que por el amor que hacia mi hija siente, espero que se cure en un breve plazo.

—Desde luégo. Y yo á mi vez tengo que pedirós un nuevô favor.

—¿Cuál?

—Deseo ser el padrino de la boda.

—¡Tanta honra, señor de Tanucci!

—Tendré en ello una verdadera satisfacción.

—Contad desde luégo con que no he de oponerme á un deseo que me satisface por completo.

—Y ahora, doctor, con vuestro permiso, me retiro; no quiero dejar de ver al conde, que de seguro vendrá mañana á saludaros.

—Tendré sumo gusto en ello.

Tanucci salió de la estancia, después de hacer al anciano todo género de ofrecimientos.

Montalbi le acompañó hasta la puerta.

Cuando se quedó solo, dirigióse de nuevo á su estancia

—No quiero, — se dijo, — hablar de este asunto á Josefina en presencia de Roberto; luégo la comunicaré la noticia.

Montalbi, después de tomar esta resolución, dirigióse hacia el aposento donde le esperaban Josefina y Roberto.





CAPITULO XLI

Una revelación que mata muchas ilusiones.



uvo precisión el doctor Montalbi de desplegar toda la fuerza de voluntad de que se hallaba dotado para que ni su hija ni Roberto advirtiesen la alegría que en aquel instante experimentaba su corazón.

Los jóvenes, durante su ausencia, habían sostenido un amoroso diálogo.

Roberto adoraba á Josefina, como ya hemos dicho, y ésta á su vez cifraba en su amado todas sus esperanzas.

Eran dos corazones que habían experimentado á un mismo tiempo los dulces sentimientos del primer amor.

¡Y cuán hermoso es esto!

En él no entra para nada el materialismo de la vida.

Es una larga cadena de ilusiones que van eslabonándose y formando una esperanza tras otra.

¡Cuán pronto habían de desvanecerse aquellos gratos ensueños para despertar en los desnudos brazos de la realidad!

Cuando anunció el reloj que eran las nueve, Roberto se puso en pie.

—Don Félix,—dijo al anciano,—entretenido en la agradable conversación, había olvidado decirnos que mañana á las diez nos enviarán un cadáver del hospital.

—¿Un cadáver?—preguntó el doctor.

—Sí; según me han asegurado, se teme que haya muerto por la acción de un tósigo, y la superintendencia quiere que deis vuestro competente dictamen.

—Bien, Roberto, no faltes á esa hora; me ayudarás á hacer el reconocimiento.

—Desde luego.

Estrañi despidióse de don Félix.

Luégo, acercándose á Josefina, la dijo en voz baja:

—Nada necesito decirte en este día de tu natalicio. ¡Ojalá que para el año próximo seas mi esposa!

Una sonrisa se dibujó en los purpurinos labios de la hija del doctor.

Sus deseos eran análogos á los que sentía el joven.

Roberto se alejó.

Don Félix fijó sus ojos en Josefina apenas quedóse solo con ella.

—Acércate, hija mía,—la dijo;—tenemos que hablar detenidamente.

Josefina sentóse junto á su padre.

—Hoy cumples diez y siete años,—prosiguió el anciano;—te hallas en la primavera de la juventud, en esa edad en que la mente se finge dulces ensueños y arrobadoras esperanzas. Sin embargo, tu vida se ha desenvuelto hasta ahora como la de esas flores exóticas que viven en el invernadero. Aun tu corazón no ha sentido ese grato perfume que cautiva el alma de las mujeres, esas dulcísimas ilusiones de la juventud que se denominan amor. ¿No es cierto, Josefina?

La joven, al oír esta inesperada pregunta, dudó en responder.

No atrevióse, sin embargo, á confesar la pasión que Roberto supo inspirarla, é hizo con la cabeza un movimiento negativo.

Don Félix prosiguió:

—Pues bien, hija, has de saber que existe un apreciable joven que te ama con todo su corazón, que cifra en ti todas sus ilusiones, y que, en mi concepto, es muy digno de que seas su esposa.

—¿Un joven?—preguntó Josefina.

Y hallábase tan lejos de suponer que su padre fuera á hablarla del conde, que creyó desde luégo que se refería á Roberto.

—Sí,—continuó el anciano;—no puedo negarte que

me apesadumbra que dejes de vivir bajo este techo; pero ésta es la triste misión de los padres, sacrificarse siempre por la ventura de sus hijos.

—Y admitiendo, padre mío, que me case con la persona que dices, ¿por qué no hemos de continuar viviendo á tu lado?

—Eso sería el colmo de mi felicidad; pero no sabemos si él aceptará.

—¿Por qué?

—Cuando un hombre se casa le gusta vivir solo con la esposa que eligió. Ya sabes que dice un adagio que el casado casa quiere.

—¿Quién sabe, padre!

—Ojalá se realice lo que ambos deseamos.

—Se realizará; no lo dudes.

Montalbi prosiguió:

—Ahora, hija mía, necesario es que sepas quién es el hombre que ha puesto en ti los ojos, aunque me parece que ya lo habrás adivinado.

—Creo que sí.

—No lo dudo: las mujeres poseéis un don especial para conocer estas cosas, por mucha que sea vuestra inocencia. Bien, hija mía; supuesto que ya sabes quién es tu prometido, creo que no te desagradará.

—Todo lo contrario.

—Yo tampoco podía haber encontrado para ti una persona de mejores condiciones.

—¡Es tan bueno!

—Mucho, y te quiere extraordinariamente; tanto,

que el pobre se halla enfermo, pues dudaba que accediese á sus pretensiones.

Josefina, al oír estas palabras, hizo un movimiento de extrañeza.

—¿Que lo dudaba?—preguntó después de un instante.

—Sí; pero ya le he dicho al señor Tanucci, que es el caballero con quien he estado hablando hace un momento, que desvanezca sus temores.

—¡El señor de Tanucci!—repitió Josefina sin poder salir de su asombro.—No comprendo lo que me decís, padre mío.

—No es extraño. Tanucci es íntimo amigo de tu prometido.

—Jamás oí ese nombre en sus labios.

—No tiene nada de particular; ¡le conoces tan poco!

—Padre, estoy perdiéndome en un mar de confusiones. ¿Decís que le conozco poco?

—¡Es claro!

—¿A quién os referís?

—Al conde de Massi, al hombre que muy en breve será tu esposo.

Josefina inclinó la cabeza sobre el pecho.

Acababa de sufrir una horrible decepción.

Sus esperanzas se habían destruído como esos castillos de naipes que forman los niños.

¡Ella ser la esposa del conde de Massi!

Esto es, del hombre que no la inspiraba más que cierto sentimiento de gratitud por la noble conducta

que con su padre había empleado, salvándole, al parecer, de la agresión de que fué objeto.

Sin embargo, Josefina no se atrevió á replicar.

Sentía hacia su padre una consideración tan respetuosa como grande era su cariño hacia él.

Únicamente expresó su pesadumbre un hondo suspiro que se escapó de sus labios.

Don Félix lo advirtió.

—¿Qué es eso, Josefina?—la dijo.—No comprendo por qué haces esa demostración de tristeza.

—¡Padre, soy tan joven para casarme!

—La misma edad tenía tu madre cuando la conduje al altar.

—Luégo...

—Habla, dime cuanto piensas.

—No conozco apenas al conde.

—No obstante, es persona que ha de hacerte completamente feliz. No hablemos más del asunto; le he dado palabra de que serás su esposa, y sabes que nunca me retracto.

—Bien, padre mío, haré cuanto me mandéis, puesto que es mi obligación.

—¿Cuándo podías hallar un partido más brillante? El conde es joven, tiene buena presencia y posee una considerable fortuna.

—Esto último es lo que menos importa. Jamás he sido ambiciosa.

—Es cierto, y yo alabo mucho esa buena cualidad que te adorna; pero ¿quién pone en duda que un ma-

trimonio es mucho más feliz cuando no pasa privaciones? Á tus años, hija de mi alma, todo se mira á través de un prisma de color de rosa; no obstante, luégo llegan las amargas decepciones. Si Massi hubiera sido pobre, lo mismo le hubiera otorgado tu mano; no creas que soy tan ambicioso que todo lo sacrifico al mezquino interés. Tampoco puedo negarte que me alegro mucho que sea opulento. ¡Ah! Ya se me figura verte cubierta de raso y de blondas, ostentando las mejores alhajas y tendida con indolencia en los cojines de un carruaje. A tu paso te admirarán los hombres, sintiendo envidia las mujeres.

Y don Félix, al decir esto, rodeó con uno de sus brazos la esbelta cintura de Josefina.

Amaba verdaderamente á su hija.

Pará la exaltada juventud, que, como acababa de decir Montalbi, todo lo ve bajo un luciente prisma de color de rosa, quizás fuera censurable la conducta del doctor.

Sin embargo, ¡cuán lógico y natural era que el anciano le satisficiera la realización de aquella boda!

Él ignoraba que su hija amaba á Roberto; creía que su corazón era completamente libre.

¿Qué tiene, pues, de extraño que sintiérase halagado con que Josefina ornara sus rubios cabellos con una diadema condal?

Montalbi era un hombre práctico.

Habíale costado mucho formarse una reputación. Conocía el verdadero valor del oro, esa palanca po-

derosa que todo lo mueve, ese amuleto para el que no existen imposibles.

Josefina permaneció silenciosa.

—Ya es muy tarde,—dijo don Félix, fijando sus ojos en la esfera del reloj que había sobre la chimenea.— Buenas noches, hija de mi alma.

—Buenas noches, padre,—dijo la joven.

Y presentó al anciano su pálida mejilla.

Don Félix depositó en ella un tierno beso, como tenía de costumbre.

Josefina dirigióse á su estancia.

Apenas estuvo en ella corrió el pestillo de la puerta, y, dejándose caer en un sillón, rompió á llorar.

—¡Qué desgraciada soy!—se dijo.—Yo no amo al conde; mi alma no pertenece más que á Roberto. Sin embargo, fuerza es renunciar para siempre á mis queridas esperanzas. Mi padre me quiere mucho, pero tiene un carácter inflexible; ha prometido al conde que seré su esposa, y antes preferiría la muerte que retractarse de su palabra.

Y Josefina deshacíase en lágrimas.

¡Cuán hermosa estaba!

Su rostro no sufría esas contracciones del llanto que alteran la fisonomía; por el contrario, las lágrimas deslizábanse por sus mejillas de nácar como gotas de rocío que ruedan por el nevado cáliz de una azucena.

Si el príncipe la hubiese visto en aquel momento, hubiese sentido acrecentarse su apasionado deseo.

Josefina apenas pudo conciliar el sueño durante la noche.

—¡Necia de mí,—exclamaba en medio de su aflicción,—que he dado crédito á las palabras del conde! Me prometió no volver á interponerse en mi camino, guardar el secreto de la pasión que asegura que le he inspirado, y luégo solicita que sea su esposa.

La joven acordábase después de Roberto.

—¡Qué dirá, Dios mío!—se preguntaba.—¡Yo no tengo el suficiente valor para dar la muerte á sus ilusiones! ¡Qué concepto va á formar de mí cuando sepa lo que pasa! ¡Me creerá una de esas mujeres vulgares que todo lo sacrifican al interés y á la conveniencia!

Y Josefina no cesaba de llorar.

De este modo transcurrió la noche.

Entre tanto el doctor Montalbi forjábase las más dulces ilusiones para lo futuro.

—Mi hija no ama al conde,—se decía;—pero esto es natural después de todo, pues apenas le conoce. ¿Quién duda que el trato engendra el cariño? Tengo la evidencia de que ha de ser una buena esposa.

Y el anciano deleitábase con estos pensamientos, bien ajeno de comprender los verdaderos móviles que impulsaban á Massi á casarse con su hija.





CAPITULO XLII

La autopsia de un cadáver y la de un corazón.



El siguiente día, apenas brillaron en el cielo los primeros resplandores del sol, el doctor Montalbi abandonó el lecho.

Al salir de su estancia dirigióse á la de su hija.

Josefina no se había acostado.

Las ropas de su cama hallábanse perfectamente arregladas.

Montalbi lo observó en seguida.

—¿No te has acostado esta noche?—la preguntó.

La joven bajó los ojos.

Sus labios no sabían mentir.

—Vamos, —dijo el anciano con alguna severidad,—